

Lucha de clases

Un ensayo por Natalia Pikouch

Una lectura distinta al desánimo escolar y a los malos resultados académicos.
Y una invitación al cómo atacar ese desgano

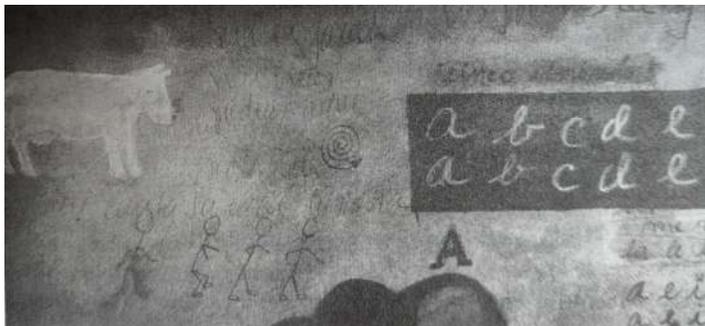
Un día, el célebre músico Gong Mingui tocó música clásica ante una vaca; esta continuó pastando como si nada. “No es que ella no la oiga, es mi música que no le interesa” –se dijo el músico. Se puso entonces a imitar en su jin el zumbido de las moscas y el mugido de los terneros. Al instante la vaca paró la oreja, y balanceando su cola se acercó al músico para escuchar hasta el final la música, que, esta vez tenía un significado para ella

Mon Zi, Siglo I o II d. C

Cada vez que se aproximan los resultados de los exámenes del Icfes, una buena parte de los antioqueños retiene la respiración. Y no son únicamente los estudiantes de último año de bachillerato y sus allegados, sino todos los interesados en el prestigio del departamento, ya que año tras año Antioquia ha descendido en el rango nacional de esta prueba.

Los maestros y los profesores universitarios se angustian al ver que cada generación nueva de estudiantes está más reacia al estudio que la anterior. Los experimentados sospechan que son demasiado viejos y obsoletos; los jóvenes creen que les falta la experiencia. Algunos se acostumbran a trabajar únicamente por el sueldo, otros buscan nuevas alternativas, terceros cambian de profesión. El panorama es desconsolador.

Y aunque sepamos que el mal de todos no sea consuelo de los inteligentes, vale la pena decir que esta situación no es exclusiva de Antioquia, Colombia o Latinoamérica. Incluso, los



profesores de Alemania, donde hasta hace poco “profesor” era uno de los títulos más cercanos a regiones celestiales, se desesperan por las mismas razones. Allí también los niños estudian cada día menos. ¿Qué sucede?

La hipótesis más obvia es que la culpa la tiene la época postmoderna, con todos sus videos, hamburguesas, nintendos y otros perendengues. Nosotros, al igual que ensuciamos el aire, el agua y la tierra, hemos ensuciado, y seguimos haciéndolo, las mentes de nuestros hijos. Si ello es cierto, lo más razonable sería prohibir, urgentemente, toda esta basura y empezar el proceso de descontaminación de las tiernas mentes infantiles.

Crearíamos una corporación “Mi hijo” y en el plazo de 10-15 años, una vez terminado el proceso, ascenderíamos en la escala del Icfes.

Por otro lado, se puede creer que los niños son más tontos cada año. Mas la sola idea de la degradación genética de la especie humana –o, al menos, de su parte antioqueña–, es tan aterradora que es mejor desecharla.

Otra hipótesis culpa a los maestros, y la mayoría de ellos están de acuerdo con ella. Esta idea se hace atractiva gracias a los amargos recuerdos de la niñez y, también, porque tranquiliza nuestra conciencia durante los paros del magisterio y, en general, cada vez que nos damos cuenta de lo mísero que es el sueldo de los docentes. Sin embargo, esta misma idea nos convierte en unos redomados criminales, ya que entregamos a nuestros hijos (supuestamente lo más amado), para su formación, a personas mediocres y crueles, que no pueden hacerles otra cosa que daño. Como mínimo, deberíamos licenciar, de manera urgente, a todos los maestros y antes de pensar en aperturas económicas y metros, abrir convocatorias muy exigentes para las plazas de docentes con excelente remuneración. Suena sensato, pero los profesores alemanes, de los mejor pagados y más profesionales del mundo, quizás, opinen de otro modo.

Se puede considerar que la crisis educativa se debe a la crisis de la sociedad, pero ello tiene el inconveniente de todo círculo vicioso, porque, sin lugar a dudas, la crisis de la sociedad se debe a la crisis educativa. Otra teoría postula que, lejos de excedernos en las bondades de la postmodernidad, pecamos por omisión. Para hacer atractiva la enseñanza, debemos introducir en las escuelas y colegios computadores, laboratorios, multimediales, etc, etc. Una vez provistos con todos los equipos modernos, los jóvenes sentirán avidez de conocimiento. Por eso, las autoridades no escatimarán esfuerzos para dotar de tecnología a todos los planteles educativos.

Lastimosamente, la experiencia de los países ricos derrumba esta ilusión. Todos los países del mundo, Colombia incluida, atribuyen los fracasos educati-

vos a la metodología deficiente, se gastan sumas fabulosas en la investigación pedagógica y el desarrollo de los métodos cada vez más extraños. Frecuentemente, se descubre agua tibia y la manera de enfriarla conocida desde hace milenios. Estos estudios se asemejan a los del modo de alimentar a los recién nacidos: después de años de arduo trabajo intelectual y millones gastados, se llega a la conclusión de que lo mejor es dejar obrar a la natura y poner al bebé al pecho. Entonces, se escriben libros, se dictan conferencias y se hacen campañas por la prensa sobre la alimentación natural materna. ¡La ciencia ha progresado!

Sin duda alguna, todas estas teorías tienen mucho de cierto: hemos ensuciado las mentes y la televisión emboba; nos consideramos mejor educados que nuestros padres y, a la vez, recordamos que fuimos más maduros e inteligentes que nuestros hijos; la sociedad está en crisis; nos falta tecnología educativa; los maestros no son tan afectuosos e instruidos como deberían ser, sus sueldos son insultantes; la metodología de enseñanza es importantísima... y, sin embargo, falta lo principal. Falta mirar qué y para qué se enseña.

El ser humano puede soportar casi cualquier cosa siempre y cuando esta tenga un sentido para él. Si este falta, el mínimo esfuerzo se convierte en tortura. Un niño autista podría hablar, pero no quiere, porque ello carece de sentido; un analfabeto funcional podría leer y escribir, pero no cree que el esfuerzo valga la pena; toda persona podría nadar pero no ve necesidad de hacerlo. ¿Pasará lo mismo con la educación formal? Es lógico ¿no?

Cualquier aprendizaje, para ameritar el esfuerzo, debe traer una gratificación a corto plazo: ser divertido o enriquecedor o útil. Mientras tanto, el aprendizaje escolar no tiene más utilidad que la del requisito social y ni hablar de la diversión o enriquecimiento.

La diversión puede procurarse por la metodología, pero será pasajera. Una vez pasada la novedad, será el contenido del aprendizaje el responsable de proporcionarla.

Hace cien años, los maestros se desesperaban porque los jóvenes no querían estudiar el griego y el latín. Ninguno de nosotros creará que la falla radicaba en la metodología o la falta de videos; sabemos que era el contenido el que carecía de interés. Cuando, en vez de idiomas muertos, se empezó a enseñar la física y la biología, los jóvenes apáticos y atontados se revelaron como brillantes y enérgicos.

¿No estarán, también, muertas las materias de nuestro pènsum escolar? A juzgar por la actitud de los alumnos sí, y ni siquiera ofrecen el interés morboso

La justicia tampoco es para los de Ruanda

de un cadáver fresco. ¿Qué sentido pueden tener para el joven de hoy unas física y química que empiezan con lo elemental para la época de latín y griego y ahí mismo terminan?

¿Qué significado tiene la moderna semiótica para una criatura que a duras penas sabe leer porque la lectura que le ofrecen subestima, en mayor grado que las películas policíacas, su capacidad intelectual? Pero, incluso, si los programas de física y matemáticas contuvieran el material como para los premios Nobel, ello no sería suficiente para despertar el interés de los jóvenes porque, a pesar de que parezca que lo único que les atrae es el placer y el ocio, los muchachos, al fin de cuentas humanos, se interesan por lo mismo que el resto de los mortales: por saber quiénes son y para qué están aquí en este planeta.

Como quiera que la única persona con la que debemos convivir día y noche, sin descanso, es uno mismo, más vale conocerla y aprender a tratarla. Sin ello, no hay matemáticas que valgan.

Hace más de quinientos años, la humanidad se dio cuenta de que para conocerse debía abandonar el camino de la especulación teológica y se volcó al mundo exterior. Las respuestas a esta única pregunta importante se buscaban –y se encontraban– fuera del ser humano. Agradecemos a esta decisión todas las comodidades y horrores de la vida moderna, pero, al parecer, esta vía está por agotarse.

Y es apenas lógico, ya que para caminar, se necesita dar un paso con un pie y, después, con el otro. No hay otra manera. Tal vez, haya llegado el momento de hacerlo, de dirigir las miradas, de nuevo, al espíritu humano y no se trata de negar lo alcanzado por la ciencia, sino aprovecharlo para este nuevo paso. Todo habla de ello: el auge de la Nueva Era, las conclusiones místicas de físicos y biólogos, la proliferación de los profetas y sectas religiosas, y... la rotunda negativa de los jóvenes a explorar el camino extrínseco del conocimiento.

Sería más que perjudicial excluir de los currículos las ciencias naturales, pero es imposible aprenderlas si uno no cree que le ayudan a autodescubrirse. No se trata de negar las tablas de multiplicación, sino de darles un significado para la vida.

El dicho popular que versa “dime de qué presumes y te diré de qué padeces” es aplicable a nuestro orgullo por el intelecto y la razón. ¡Pobrecillos, son tan deficientes mientras estén dirigidos únicamente hacia fuera, mientras se utilicen solamente para la propia comodidad corporal y la destrucción ajena!

En la época del Iluminismo, la gente merecía estar orgullosa: debía alcanzar la libertad y el confort para el cuerpo, mientras su espíritu estaba más que cómodo. No tomaban todos el mismo refresco, no escuchaban la misma música, no se uniformaban en el mismo pantalón, ¡no tenían el mismo modelo de belleza femenina para todo el planeta!

Ellos se sentían únicos e inteligentes. Nosotros no nos podemos permitir estos lujos: si cada uno de nosotros no se procura su propia individualidad, pronto nos asemejaremos a una masa homogénea de, ni siquiera hormigas, sino microbios, que devora aceleradamente la papa, es decir, la tierra.

Al parecer, los jóvenes de hoy, 1994, en medio de su bobaliconería, son mucho más sabios que nosotros y se niegan a aprender la misma ciencia depredadora, espiritualmente de tan poco valor. Su bajo rendimiento académico es similar al bajo rendimiento de los soldados norteamericanos en Vietnam o los soviéticos en Afganistán. Quizá no sepan por qué, pero les repele participar en algo carente de significado. Desde este punto de vista, debemos felicitarnos por los resultados del Icfes en Antioquia, cuyos jóvenes, al sobrevivir a la violencia, se sienten merecedores de una vida completa y no a medias, que les ofrece la educación institucionalizada al desconocer el mundo interno.

Pero si no cambiamos los contenidos de la enseñanza, muy pronto viviremos en una sociedad de ignorantes absolutos que no aprendieron nada de lo viejo, porque no les interesaba, ni nada de lo nuevo, que sí les habría interesado, si hubieran conocido de su existencia.

Mientras nos tomamos nuestro tiempo para decidir qué es lo que debe ser enseñado, sería bueno que permitiéramos a los muchachos buscar el sentido en el pénsun tradicional y, sobre todo, en el arte y la literatura —que para eso siempre han existido—, y no creyéramos que dotamos sus vidas de significado al juntarlos en grupos de trabajo o recreación dirigidas por nuestro pobre entendimiento utilitarista. (Aunque quizás, esto sea útil, como puede testificar cualquier persona educada en el régimen socialista, para reforzar la individualidad de cada uno, al producir una profunda aversión a lo colectivo y al entusiasmo oficiales).

Con seguridad, el tiempo necesario para la decisión será muy largo, porque todavía no hemos encontrado el propio significado ni en el consultorio de los psicoterapeutas. Por eso lo más práctico es dejar de angustiarnos por las pruebas del Icfes, deficientes incluso desde el punto de vista del conductismo

más retrógrado, y escuchar, con respeto por sus opiniones, a los jóvenes. A fin de cuentas, ellos son los más interesados en su felicidad. Si no lo hacemos, la vida de nuestros hijos será bastante más desagradable que la nuestra y, para encontrar al culpable, bastará con acercarnos a un espejo.

NATALIA PIKOUCH. Filóloga y pedagoga ucraniana, profesora de literatura de la
Universidad de Antioquia
Murió en 2007

Octubre de 1994